

Primera Encuesta Nacional sobre la Discordia y la Concordia

Publicada en la revista NEXOS. Febrero de 2009,

En la frontera de la discordia

Por: José Carlos Castañeda.

De la concordia política sólo se puede hablar cuando los ciudadanos coinciden en lo que atañe al Estado, cuando persiguen respecto a él los mismo fines. Cuando en un Estado cada uno de los partidos quiere el poder para sí solo, hay discordia. La concordia es, en cierta manera, una amistad civil.

Aristóteles

Si la naturaleza humana estuviera constituida de suerte que los hombres desearan con más vehemencia lo que les es más útil, no haría falta ningún arte para lograr la concordia y la fidelidad.

Spinoza

Debemos tolerarnos mutuamente, porque todos somos débiles, inconsecuentes, sujetos a mutabilidad y error.

Voltaire

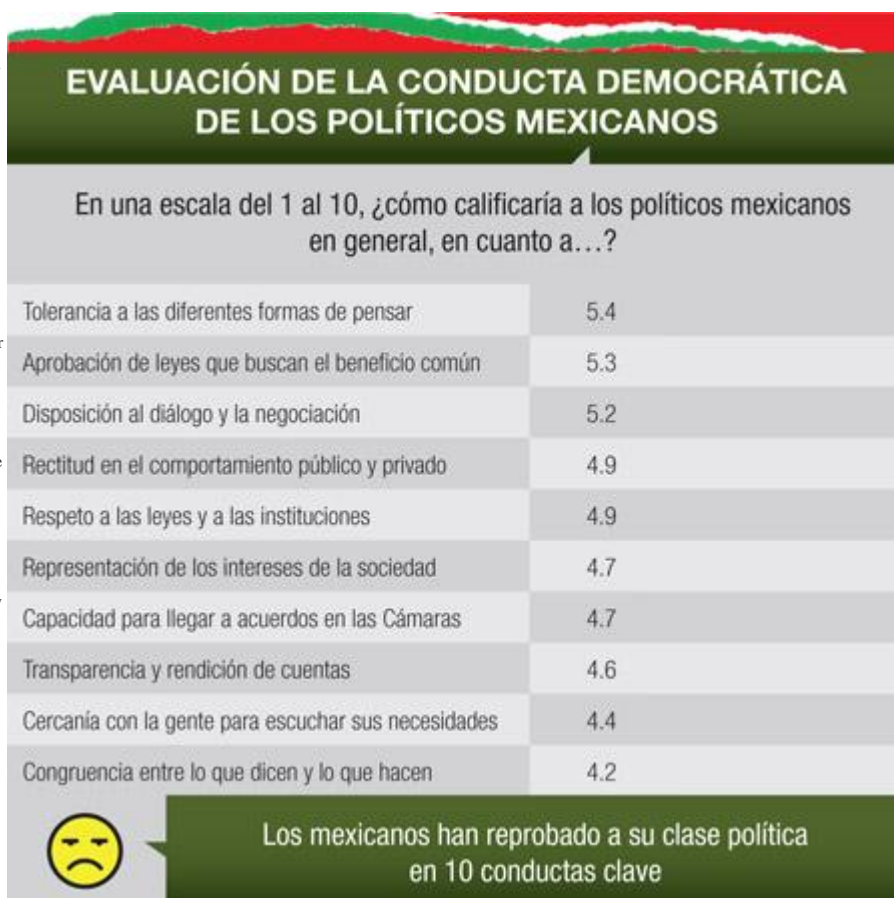
En los años noventa, México vivió el proceso de su transición a la democracia. Se reformaron las leyes y se crearon nuevas instituciones. El nuevo orden democrático se fundó en un principio esencial: los ciudadanos debían hacerse cargo de la jornada electoral. Gracias a esta transformación, la confianza avanzó en el imaginario social.

La renovación electoral trajo gobiernos divididos, que no alcanzaban la mayoría en el Congreso, ni tenían consensos clave ni lograban acuerdos en los temas fundamentales. El nuevo pluralismo expresado en los votos transparentaba la diversidad del México democrático, pero no creó mecanismos para conciliar agendas y asumir los compromisos comunes necesarios para el avance del país. La pluralidad convocó a la pugna y la inmovilidad. Las diferencias alimentaron la discordia. En ese escenario, prevaleció el estancamiento y la confrontación. Al revés de lo que predica el sabio refrán, por momentos en la democracia mexicana se valora menos un mal arreglo que un buen pleito.

¿EL TRIUNFO DEL PASADO?

La eficacia gubernativa del nuevo régimen está a prueba y por sus fisuras asoma la sombra del desencanto. Lo ha planteado C.B. Macpherson: "la percepción de que los actores democráticos no pueden hacer mejor las cosas, será el primer límite del nuevo sistema, un primer triunfo del pasado". La apuesta por la discordia parece ganar terreno. Ha sido redituable políticamente porque en la arquitectura democrática mexicana no hay incentivos para conciliar ni cumplir acuerdos. Hasta ahora, el desenlace de la transición es un país plural sin herramientas para dirimir constructivamente sus diferencias y por ello subsisten en la escena política como expedientes rentables la intimidación, el reclamo y el conflicto. Tenemos un régimen de partidos y una ley electoral con instituciones confiables, pero la conducta observable de políticos y ciudadanos deja mucho que desear en materia democrática.

Con la Primera Encuesta Nacional sobre la Discordia y la Concordia, hemos querido evaluar el estado que guardan los valores de la convivencia y la divergencia, la discordia y la concordia en la sensibilidad ciudadana. Hemos interrogado a los mexicanos sobre las conductas violentas que frenan los acuerdos, sobre el avance o el retroceso de la democracia, sobre la pluralidad y la confrontación. ¿Hasta dónde ha modificado la democracia el



comportamiento de nuestros políticos y nuestros ciudadanos?

Nos preocupaba entender por qué la discordia y el desacuerdo han prevaído, dando lugar al pleito y la parálisis, no al diálogo y la conciliación. Hemos querido responder dos preguntas centrales: qué tanto han arraigado las prácticas democráticas y qué tanto aceptamos las nuevas reglas del juego. Es decir, hasta dónde ha llegado nuestro desarrollo democrático en el corazón de la ciudadanía y en su relación con la clase política que gobierna el país.

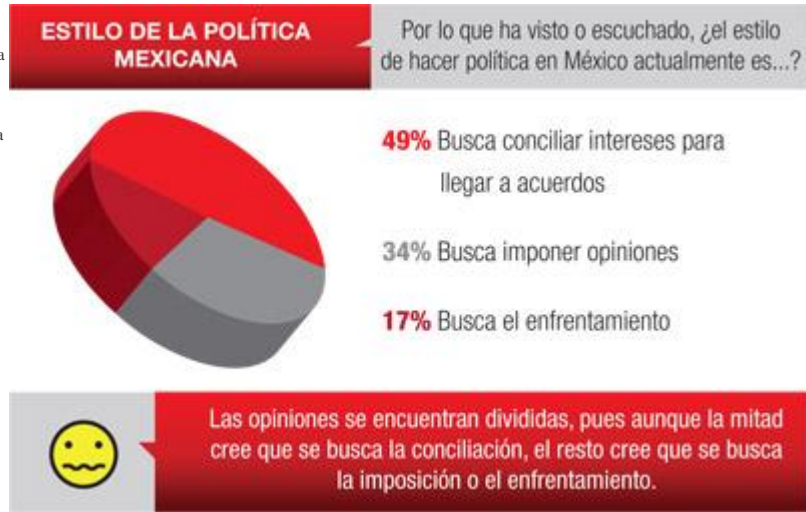
Las diversas investigaciones sobre la cultura democrática no mostraban un panorama halagüeño. En el año 2000, un 48% de los mexicanos no tenía buena opinión de las democracias como sistema de gobierno. Las juzgaban indecisas y proclives a los pleitos. Antes de la alternancia de julio de aquel año, un 44% de los mexicanos consideraba "bien" una opción autocrática de gobierno. La creencia en la democracia como el sistema político más deseable, era menor entre los mexicanos (65%), que entre los africanos (72%). En 2002, todavía a un 49% no le importaba que un gobierno "no democrático" llegara al poder. Seis de cada diez mexicanos creían en esas fechas que el pueblo puede "desobedecer una ley si ésta es injusta". Según el análisis de Edmundo Berumen, en pleno momento democrático "una parte importante de la población daba admisión implícita al uso de la violencia por parte de los ciudadanos".

Una tendencia débil en favor de la democracia es la constante en todos los estudios de opinión sobre América Latina. El Informe Latinobarómetro 2008 es concluyente: a más de la mitad de los latinoamericanos no les importaría que su gobierno no fuera democrático, siempre y cuando resolviera los problemas económicos. Ése fue el sentir de 61% de los mexicanos, 49% de los colombianos y sólo 31% de los uruguayos. Los valores y la cultura democrática están muy lejos de arraigar y aclimatarse en esta parte del continente. A pesar de esto, se consolida el poder del voto. El mismo estudio señala que para un 56% lo más efectivo para cambiar las cosas es votar, frente a un 16% que considera que lo más efectivo es protestar.

Al revisar el perfil del ciudadano, propuesto por Latinobarómetro, encontramos tres comportamientos concretos que son la norma de conducta en la vida democrática actual. Las tres cosas que "una persona no puede dejar de hacer si quiere ser considerado ciudadano" son: votar, pagar impuestos y obedecer las leyes. La pregunta abierta es: ¿qué tanto los mexicanos pueden considerarse demócratas?

Suena lógico, con esos puntos de partida, que nuestros hallazgos en torno a la discordia y la concordia entre los mexicanos arrojen el perfil de una ciudadanía que tiene una relación ambigua con los comportamientos democráticos, muy altas expectativas del cambio, pero poco dispuesto a participar en él. Esa ciudadanía por un lado reprueba a sus políticos y por otra parte les exige actitudes que ella no está dispuesta a practicar. Quiere ser escuchada, pero a la hora de actuar participa poco. Cree en los acuerdos pero no en sus resultados. Bajo la mirada de esa ciudadanía el país vive un estancamiento político y un desencanto democrático.

POLÍTICOS REPROBADOS



La primera cuestión a subrayar es la distancia crítica que hay entre esta ciudadanía desencantada y los comportamientos realmente existentes de su clase política. Calificando en escalas de 1 a 10, los ciudadanos de nuestra encuesta han reprobado a su clase política en diez conductas clave. Esta evaluación ofrece un primer índice de lo que más falta hace en nuestro nuevo orden político: adoptar conductas democráticas para abandonar la nostalgia del antiguo régimen.

A pesar de esta sensibilidad democrática desencantada, el ciudadano actual reconoce un cambio en el estilo de hacer política en México. 49% considera que se busca conciliar para llegar acuerdos. Hay disposición, pero no ve los resultados. No se engaña. La calidad de los acuerdos deja mucho que desear. No se traducen en beneficios para los ciudadanos ni en avance para México. Esta percepción es la amenaza más real al proceso democrático. Una ciudadanía que ha perdido la confianza en sus políticos es un síntoma grave de la vulnerabilidad de nuestro cambio de régimen y una invitación al retroceso convocado por la antipolítica.



CONTRA LA VIOLENCIA

Ahora bien, la ciudadanía condena la violencia venga de donde venga, del gobierno o de la movilización social. Su principal demanda es que la discordia social y política se resuelva por la vía del diálogo y el acuerdo. Hagamos un ejercicio de comparación y evaluemos la estrategia de la discordia. Qué piensa la ciudadanía de la protesta social y de sus diferentes manifestaciones. La información nos muestra que los ciudadanos están en desacuerdo con todas las acciones violentas, incluidas las agresiones verbales. No aceptan el insulto ni los golpes. Se rechaza de manera contundente la toma de tribunas, los bloqueos y las agresiones físicas entre grupos. Más allá de la protesta, a nuestro nuevo orden democrático le faltan canales para propiciar y conducir la participación ciudadana.

En contraste, tampoco se aprueba la intervención de la fuerza pública para resolver estos enfrentamientos. Una tercera parte de los mexicanos cree que no está justificada en ningún caso para controlar las manifestaciones sociales, aunque desemboquen en la confrontación. Ni siquiera ante el enfrentamiento violento, el uso de la fuerza cuenta con el aval de los mexicanos. Sorprende que de manera espontánea, el ciudadano actual recuerde los pleitos y la toma de tribunas como el comportamiento político que más le indigna.

DESENCANTO, INDIGNACIÓN, DEPRESIÓN

Ya es conocida la percepción de desencanto ante la política y los políticos. Nuestro propósito fue profundizar en la razones de ese desencanto y la primera reacción ante los políticos no es racional, se activa en resortes emocionales. Por ello, preguntamos cuáles son los sentimientos que provocan los políticos en los ciudadanos. La actitud de conflicto entre los políticos genera indignación y distanciamiento. Aleja a las personas de la política y los confronta con quienes deberían ser sus representantes.

En cambio, el mal desempeño de los políticos y la incompetencia de los gobierno causa depresión. Una aflicción más grave porque conduce a una sociedad pasiva, resignada y que se percibe a sí misma impotente ante su situación actual. La apatía es el efecto de una sociedad que ya no



espera nada de la política. Esta desilusión es tal que el orgullo es el sentimiento que menos despiertan los políticos y para la tercera parte de la población nada de lo que hacen sus gobernantes les provoca entusiasmo.

Cuando se le pregunta cuál es el estado en que se encuentra México, la respuesta es tajante: el país está estancado para más de la mitad de la población. El saldo de la transición democrática no puede ser más desesperanzado. Los ciudadanos no reconocen que las nuevas prácticas democráticas hayan logrado bienestar para el país. A la hora de desentrañar por qué el ciudadano mexicano vive ese desencuentro con los comportamientos democráticos encontramos algunos indicios de cuáles son los motivos de la discordia.

INTOLERANCIA CIUDADANA

La ciudadanía mexicana se parece en muchas cosas a los políticos que critica. La mayoría les pide llegar a acuerdos, pero una tercera parte de los mexicanos opina que un político conciliador pierde liderazgo o traiciona sus principios. Este es un serio dilema para el aspirante a ciudadano democrático. Asociar la conciliación con la debilidad o, peor aún, con la pérdida de principios, revela hasta qué punto continúa viva la cultura del líder autoritario, cuya única forma de vencer es imponerse. El rechazo a la negociación sigue vivo como un fantasma del antiguo régimen. Se le traduce como transa y “concertación”. No ha nacido aún una visión democrática de la conciliación ni de la convivencia con nuestra pluralidad electoral y social.

El hecho es que los ciudadanos se quejan de sus políticos pero en su vida diaria actúan a menudo de la misma forma que critican. En el fondo, nuestra dinámica política refleja en buena medida las conductas intransigentes de los ciudadanos y sus conflictos para cooperar o interactuar con una sociedad plural. Así, por ejemplo, la intolerancia ante la diferencia de opiniones políticas es muy alta todavía. En 1999, 55% de los mexicanos estaba en desacuerdo con que apareciera en la televisión una persona que no concuerde con su forma de pensar. 48% no dejaría que vivieran en su casa personas de otra religión y 66% no aceptaría a un homosexual en su hogar.

Nuestra encuesta confirma nuestras dificultades para convivir con la diversidad. La mitad de nuestros encuestados nunca se casaría con alguien con ideas políticas diferentes. Peor aún: una tercera parte no trabajaría con personas que piensan diferente en política, ni sería su amigo. La intolerancia crece mientras más bajo es el nivel socioeconómico, hasta al grado de identificar la conciliación con la traición en los rangos más bajos de ingreso.



CONCORDIA Y DISCORDIA

Ese panorama puede verse como poco esperanzador para el avance democrático de México. Aún así, los mexicanos piensan que la concordia es posible. Al preguntar cómo califican el nivel de conciliación y acuerdos en otros ámbitos de su vida, los resultados ofrecen una perspectiva distinta. Por ejemplo, en la familia se observa el más alto nivel de concordia. El segundo lugar lo tiene su relación con los vecinos; incluso, los encuestados creen que es más fácil que los mexicanos se pongan de acuerdo entre ellos, a que los políticos lo logren.

Al final, la encuesta indica dos vías para afrontar el reto de la discordia y promover la conciliación. Los ciudadanos demandan ser escuchados. Quieren expresar sus opiniones a través de consultas, plebiscitos o foros. Y aunque los niveles de participación actual son muy bajos, existen temas que podrían detonar la aspiración de participar, como ha sido el caso de los problemas de inseguridad.

El espejo de la política refleja por igual el rostro de los gobernantes y de sus ciudadanos. La democracia mexicana tiene pendiente el reto de la eficacia, la construcción de una diversidad política capaz de gobernarse y transformar el país en un espíritu de concordia y futuro, no en la parálisis de la discordia y el desencanto concurrente, que es el triunfo de la inmovilidad y del pasado.

Sociedad y gobierno tienen un desafío en común: gobernar la pluralidad política y dirimir sus discrepancias de manera pacífica. El primer paso: respetar las reglas del nuevo juego democrático y crear condiciones para que la discordia no desemboque en un campo de batalla.

José Carlos Castañeda. Consultor de comunicación política en Central de Estrategias Políticas (CEPOL).



Tipo de estudio: Encuesta telefónica nacional con población adulta que reside en las principales ciudades de la República.

Muestra: 800 casos, tamaño que presenta como características de representatividad estadística un nivel de confianza del 95% y un margen de error de +/- 3.4%.

Muestreo aleatorio de números telefónicos residenciales de 48 ciudades de las 32 entidades federativas del país. La distribución de las entrevistas se realizó de manera autoponderada con base en la proporción de población de cada localidad.

Trabajo de campo: 24 de noviembre al 1 de diciembre de 2008.

Encuesta realizada por Zimat Consultores/Cinco.